



Persistía una corriente ortodoxa, erosionada por el impacto de la revolución cubana, aunque, a diferencia de otros países, aquí el maoísmo había alcanzado una dimensión inusual en Latinoamérica, con la sola excepción de Colombia. De este horizonte, heterogéneo y múltiple, estaba completamente excluida la opción socialdemócrata: en cierta manera, el camino de cualquier izquierdista en el Perú de los años 60 comenzaba por una ruptura con el aprismo, por una militancia negativa, por un "anti", sin considerar que todos ellos, fervorosos lectores de Lenin, admitían la bancarrota total del reformismo. La sociedad peruana, con una oligarquía que había conseguido encantar al APRA, parecía bloquear cualquier posibilidad intermedia: los fracasos de la Democracia Cristiana y del Social Progresismo servían de ilustración a esta tesis extrema.

La izquierda peruana, a pesar del provincialismo de los intelectuales que la integraban (pocos habían salido fuera del país, la mayoría únicamente tenía acceso a textos en español), se ubicó en un terreno cosmopolita. Así como en la historia demográfica el Perú ha sido una especie de "lugar de encuentro" de diversas corrientes migratorias (europeas, africanas y asiáticas), parecía igualmente factible confluír distintas experiencias revolucionarias.

1965 puede consignarse como la fecha de nacimiento de la "nueva izquierda". El Partido Comunista comenzaba a fragmentarse desde el año anterior como eco de la polémica chino-soviética, mientras se desencadenaban las guerrillas. En la práctica queda planteada con nitidez una vía alternativa a la "convivencia" aprista y al reformismo rutinario del comunismo oficial, intento de retomar la insurrección popular derrotada en 1932. Pero aunque el curso de las guerrillas será más bien efímero, ese mismo año, quienes consideran prematuro el uso de las armas, deciden fundar un nuevo partido político: Vanguardia Revolucionaria. Con sus logros y fracasos, el derrotero de esta organización —excluyendo por el momento referencias a otras como el MRS o el MIR— permite dibujar un cierto perfil

La nueva izquierda: sin faros ni mapas

Alberto Flores Galindo

Hasta el año 1946, izquierda y Partido Comunista eran sinónimos. El monopolio se resquebrajó con la aparición del trotskismo¹ y terminó liquidado veinte años después, cuando el Perú se convierte en campo de ensayo de las más diversas teorías revolucionarias.



Afiche de mayo 68.

de la nueva izquierda.

II

En la historia de las religiones, es usual el empleo del término "sincretismo" para denominar aquellos intentos por amalgamar diversas corrientes religiosas, uniéndolas a veces dogma y herejía. Este fue dentro del marxismo peruano el caso de Vanguardia². Dejando a un lado el hegemonismo y un cierto afán mesiánico evocado por el nombre, entre el rojo y el negro sus publicaciones preferían el color verde, aunque sin la intensidad del "verde olivo" castrista. Con esa tonalidad se editaron sus primeros estatutos y un original programa que pre-

tendía fusionar el "desarrollo desigual y combinado" de Trotsky, con la relevancia al campesinado de Mao y las tesis revolucionarias del "foquismo" cubano. Los autores de esta peculiar criatura quizá pensaban que el problema de la revolución era recoger los mejores aportes que fluían de un marxismo imaginado como una corriente unívoca y universal. En la aparición de Vanguardia, al parecer, los acontecimientos mundiales —XX Congreso del P.C. de la URSS, revolución china, triunfo de Fidel— fueron más gravitantes para personajes que provenían de las capas medias urbanas y de los ambientes universitarios, que los movimientos campesinos

o la descomposición de la feudalidad andina. El 65 Hugo Blanco estaba siendo procesado en Tacna y el movimiento comunal del Centro parecía apenas un efímero fenómeno regional. Quienes ingresaban a VR, más que por la historia de los movimientos campesinos recientes, se preocupaban por la larga marcha maoísta o las hazañas de los doce sobrevivientes del Gramma. Desde 1967 la imagen del Che Guevara presidirá todos los actos públicos y hasta en el campus de la Universidad Católica destacaba, sobre un panel verde, su inconfundible perfil. Pero el sincretismo no podía tener larga vida. A medida que se profundizó en

el conocimiento del marxismo, fueron saltando de manera evidente las contradicciones y comenzaron a repetirse, en el marco de las células clandestinas, las polémicas que en el pasado y en otras latitudes habían escindido al movimiento comunista: revolución nacional o socialista, centralismo partidario o espontaneísmo, foquismo, insurrección o guerra popular. VR terminaría dividiéndose por lo menos en tres grandes corrientes y en más de doce organizaciones. Era una izquierda que a las influencias anteriores había sumado la lectura de Louis Althusser y sus seguidores, entre los que figuraban Nicos Poulanzas y especialmente una divulgadora, la socióloga Martha Hamecker. Esta última, autora de un libro decisivo que fue al althusserianismo lo que el credo a los evangelios: *Conceptos elementales de materialismo histórico*. Más de treinta ediciones hasta 1976, sólo en Siglo XXI, sin olvidar otras ediciones clandestinas como la que hizo una imprenta de La Victoria, "Amier Hnos. de París". Fue el Konstantinov o el Pulitzer de esta generación, con la diferencia que parecía un instrumento de uso más accesible: el marxismo era una teoría, dominar la teoría equivalía a conocer los conceptos, de esta manera la solución de un problema comenzaba invariablemente por un marco teórico. La elaboración del "marco" era la fase previa de cualquier investigación e incluso de cualquier reflexión que aspirara a un mínimo de seriedad. Todos parecían imitar, sin habérselo propuesto, a un personaje de *Ciro Alegría* que entre las páginas de *El mundo es ancho y ajeno* aparece memorizando un diccionario. La realidad que estaba más allá de las palabras —y que paradójicamente las producía— era menospreciada con el calificativo despectivo de "empiría". Así, el diseño de *La estrategia y la táctica*, publicado por VR en septiembre de 1968, podía prescindir de indispensables referencias a la "realidad peruana". Sería necesario matizar estas afirmaciones señalando que desde los mimeógrafos de VR se inició la difusión de la "teoría de la dependencia" y fueron discutidos autores, poco convencionales, como Gunder Frank y Theotonio dos Santos³.

Si se pretendiera hacer una antología del pensamiento de la nueva izquierda, la primera dificultad a superar sería la ubicación de los textos: efímeras ediciones mimeografiadas, de corta tirada, que además se encontrarían subrayadas, tachadas y deterioradas como efecto de arduas discusiones. En la mayoría de los casos, defraudan, no tanto por el feble conocimiento de la teoría, sino por ese idealismo en "estado práctico" (robando un término de Althusser) que inunda las páginas: discusiones sobre ideas, sobre textos y sobre frases. Paradójicamente, una izquierda que abundaba en intelectuales carecía de una producción teórica propia. Dejando a un lado argumentos, basta con un simple recuento. Sólo dos revistas, en la vieja y en la nueva izquierda, consiguieron cierta persistencia: *Crítica Marxista-Leninista* y *Sociedad y Política*. Podrían añadirse los cuatro efímeros números de *Debate Socialista*. Entre los múltiples artículos y ensayos publicados en ellas y en otras ediciones similares, pocos podrían reeditarse. La excepción han sido la recopilación de los trabajos de Ricardo Letts realizada por Mosca Azul. Podrían añadirse algunos otros textos de Murrugarra o Dammert, y casi no habría más autores que mencionar. En definitiva, no existe libro orgánico alguno que pueda ser exhibido como el producto teórico y militante, a la vez, de la "nueva izquierda". Caso aparte, desgajado tempranamente del árbol vanguardista, es el de Anibal Quijano⁴. Lectores aficionados del *Qué hacer*, no repararon que el verdadero problema era escribir un libro equivalente pero desde el Perú.

La reflexión de la nueva izquierda lindaba con el dogmatismo. Aquí conviene recordar que sus avances y retrocesos se daban al compás de las reformas de los militares. Carentes de una visión del país, la única manera de sortear las seducciones del reformismo y de mantener un perfil propio, era encontrar refugio en el dogmatismo: la definición *a priori*. Pero a la par que los largos debates sobre el "carácter" del gobierno militar (reformismo, fascismo, bonapartismo), se comenzaron a larvar, aunque a veces al margen de los partidos, verdaderas investigaciones sobre la burguesía peruana que superarían al

antiguo debate acerca de la oligarquía (Bourricaud-Bravo Bresani). Además, el enfrentamiento con el militarismo fue acompañado por el desplazamiento del APRA en los sindicatos, las organizaciones campesinas y el movimiento estudiantil.

III

Durante la década del 60 cualquiera hubiera admitido, sin mayor discusión, el aserto de G. Lukács según el cual hasta la peor forma de socialismo era preferible a la mejor forma de capitalismo. Debemos considerar, sin embargo, que la discusión sobre el fenómeno estalinista era muy débil y nadie podía imaginar conexión alguna entre la práctica de Stalin y el pensamiento de Lenin. Pero veinte años después el panorama se ha complicado, no sólo porque se ha incrementado el conocimiento acerca del pasado comunista, sino además porque uno a uno se han ido apagando los faros que supuestamente guiaban la revolución mundial: a la crítica de la experiencia soviética, siguió el desengaño con la revolución china; la política internacional —sustentada en la lógica de los Estados y las potencias— terminaba con las ilusiones. El futuro —invirtiendo la frase con la cual concluían todos los discursos— dejaba de ser nuestro. En América Latina, las buenas relaciones de China con Pinochet y, al otro lado de la cordillera, la tolerancia de la URSS con la Argentina de los generales y los desaparecidos, fueron argumentos suficientes. Por otro lado, después de una experiencia como la de Camboya, en la que una cierta manera de entender el socialismo fue llevada hasta sus últimas consecuencias con el resultado de un genocidio colectivo, la frase de Lukács o terminaba desmentida por la historia o debía ponerse entre interrogantes.

Pero con el eclipse de los faros se produjo también el extravío de derroteros antes precisos. El camino de la revolución perdió la claridad del pasado cuando se sabía que vendría luego de un "mínimo de partido" o "del campo a la ciudad". Ocurre que la crisis del movimiento comunista internacional fue acompañada por profundos cambios en la sociedad peruana y la emergencia de un nuevo movimiento de masas tanto urbano como rural. En 1968

se reorganiza la CGTP, con presencia de Vanguardia Revolucionaria en gremios como construcción civil y pescadores; en 1974 se reorganiza, luego de un prolongado y silencioso trabajo campesino, la CCP. Estos hechos institucionales fueron acompañados con formas de lucha inéditas o la reaparición de viejos procedimientos: marchas de mineros, ocupaciones de fábricas, tomas de tierras, hasta los grandes paros nacionales. A veces como dirigentes, otras como activistas o simplemente repartiendo volantes, allí estuvieron presentes los personajes de la nueva izquierda. La calle empezaba a desplazar a los cafés o los claustros universitarios. Entonces, como siempre suele ocurrir, la lucha de clases hizo trizas a los esquemas. La realidad comenzó a plantear incómodas preguntas, por ejemplo, sobre el papel de los sindicatos, sobre el rol de los trabajadores en el partido, sobre el surgimiento mismo de la teoría. Diversos intelectuales desgajados de VR o partidos similares, inician sendas monografías sobre la realidad nacional. No es por azar que uno de los temas que concitó el interés creciente de los investigadores fuera el problema agrario: desde allí provenían interrogantes originados en conflictos como las "tomas de tierras"; en el agro, a su vez, se habían producido las transformaciones de mayor envergadura en la sociedad peruana contemporánea. La discusión alrededor del futuro del país rural (¿desaparecerán los campesinos?), generada por Rodrigo Montoya, es uno de los debates más fructíferos tanto para las ciencias sociales como para enrumbar una estrategia revolucionaria.

El optimismo de los años 60, cuando la revolución parecía a la vuelta de la esquina, termina erosionándose. Es entonces que una inusual y elevada votación coloca a la izquierda frente a mayores interrogantes y exigencias del movimiento de masas, para constatar que la etapa anterior no había proporcionado los instrumentos adecuados para enfrentar a esa realidad. El año 80, la débil unidad de la izquierda articulada en la ARI termina rompiéndose por discrepancias que partían de Moscú, Pekín o París.

En este panorama, la "nueva izquierda" adquiere iden-

tidad por negación: los que no tienen embajada; pero aquellas organizaciones que como el MIR o VR —pilares fundamentales de este sector de la izquierda— carecían de un respaldo externo, tampoco disponían de un andamiaje teórico que les permitiera trazar sus propios mapas y poder mantenerse a flote en medio de embates que provenían no sólo de la derecha, sino, además, de la propia izquierda. Terminaron a la deriva. Hasta ahora no alcanzan puerto. Pero la debilidad presente nace de donde podría estar precisamente el sustento y la renovación del futuro: haber preferido guiarse por las exigencias del movimiento social echando por la borda los esquemas. La reciente "sublevación de las bases" quiebra la imagen acerada y disciplinada que en el pasado definía al militante revolucionario; desde 1968, como resultado del II Congreso de VR, se prescribía en los estatutos que a esa calidad sólo eran "acreedores" quienes practicaran "de manera correcta y permanente la línea política de la organización". Pero más de diez años después, el pensamiento crítico se levanta contra esa distinción de sabor oligárquico entre dirigentes y bases.

Queda planteado un desafío: la capacidad de trazar caminos, de construir utopías, de reconciliar a la imaginación con el análisis. Que esto es posible nos lo sugiere esa destreza de la "nueva izquierda" para evitar —hasta ahora— ir al remolque de las corrientes reformistas, sin haberse precipitado en la acción guerrillera inmediata como en Argentina y Uruguay. Para decirlo con mayor claridad: en esa amplia onda revolucionaria que tuvo como epicentro a la revolución cubana, donde las cerrotas terminaron sucediéndose unas a otras, el Perú persiste como una excepción.

IV

El inicio como conclusión: el año 1965, coincidiendo con su fundación, Vanguardia Revolucionaria inició el reencuentro del marxismo peruano con Mariátegui. Quizá en ese momento el viraje no fue debidamente apreciado. Parece que no se desarrollaron todas las implicancias; el hecho es que uno de esos folletos mimeografiados —que mencionamos al comenzar el ar-

tículo— tenía como título "Mariátegui: marxista creador" y reproducía el programa provisional del Partido Socialista (redactado por Ravines y asumido para la discusión por el grupo de Lima), junto con el texto que Mariátegui envió a la Conferencia Comunista de Buenos Aires, "Punto de vista antimperialista". Este último era apenas conocido por quienes conservaban la primera edición de los *Apuntes para una interpretación marxista...*, publicados tiempo atrás por Martínez de la Torre. No figuraban todavía en las "obras completas". Prácticamente desconocido para quienes recién llegaban a la política. Esa postergación se explicaba —de acuerdo con el editor— por las discrepancias que Mariátegui había tenido con la Internacional Comunista, su afán de preservar una autonomía para así garantizar efectivamente un marxismo creador. Ese anónimo redactor concluía: "Si esto es cierto, la Vanguardia Revolucionaria de un pueblo tiene que conocer profundamente a su suelo y a su pueblo; para esta tarea pueden servir los manuales como también no lo pueden. El estudio creador es el árbitro en este caso. Así lo pensó y ejecutó Mariátegui"⁵. Esta impronta telúrica —donde entre líneas se advierte también la influencia de José María Arguedas— llevaría a algunos vanguardistas, como Murrugarra o Diez Canseco, hasta los socavones mineros. Pero, con el tiempo y las polémicas, los manuales consiguieron imponerse y esta conclusión, durante años obsesionados con la fidelidad al maoísmo o al trotskismo, fue olvidada quizá hasta por su propio autor.

NOTAS

1) En agosto de 1946 se funda el Partido Obrero Revolucionario, POR, primera organización trotskista.

2) Durante 1965 se publicaron hasta cinco números de la revista *Vanguardia Revolucionaria* (mimeógrafo). El último (sexto) se publicó a imprenta en 1969.

3) La "Teoría de la dependencia" al sostener el carácter capitalista de Latinoamérica fundamentaba la lucha por el socialismo, pero también esclayaba las especificidades nacionales. El Perú era un satélite más de la metrópoli dominante de EE.UU.

4) La edición de los estudios de Anibal Quijano ha sido insuficiente discutida; ellos rotaron nuevos territorios para el marxismo, como la dependencia, la marginalidad o los movimientos campesinos.

5) *Vanguardia Revolucionaria*, "Mariátegui: marxista creador", Lima, 1966, p. 7.